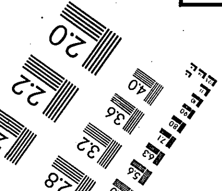
A5









1.0 mm

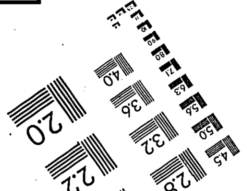
1.5 mm

2.0 mm

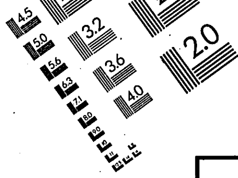
2.5 mm

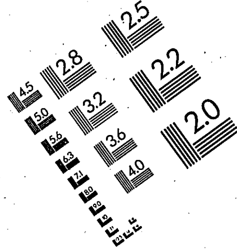
PRECISION℠ RESOLUTION TARGETS

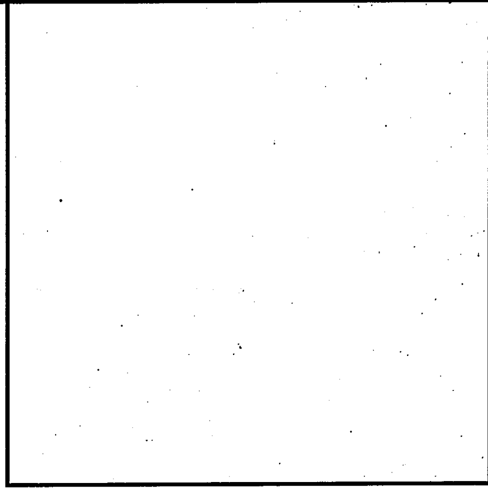


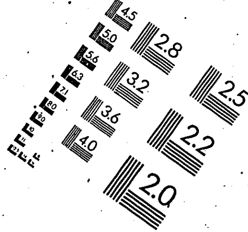


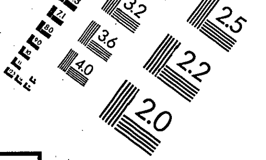
PHOTOGRAPHIC













RSTUVWXYZ
yz1234567890

QRSTUVWXYZ
vxyz1234567890

PQRSTUVWXYZ
pqrstuvwxyz
890

OPQRSTUVWXYZ
pqrstuvwxyz
7890

PEMAN

AL MARGEN DEL CALENDARIO

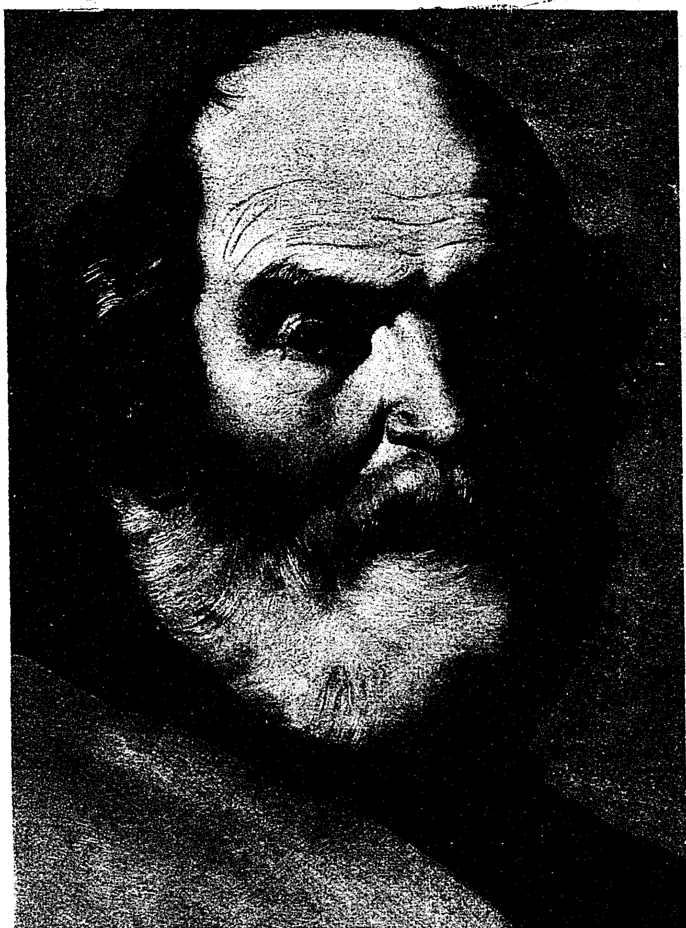
SAN PEDRO

POR

JOSÉ M. PEMÁN

CADIZ 1933

SAN PEDRO



AL MARGEN DEL CALENDARIO

SAN PEDRO

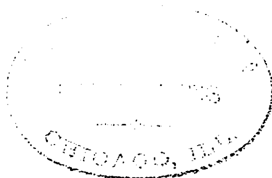
POR

JOSÉ M. PEMÁN



1933
IMP. M. ALVAREZ
Feduchy, 20
Cádiz

EJEMPLAR NÚM. 665



1

El Señor—decía el clásico Fray Basilio Ponce de León—adoctrina a los hombres como a niños distraídos y de cortas entendederas que necesitan, para que les entre la enseñanza, figuras de bulto. La pedagogía divina, es dulce pedagogía de párvulos, llena de signos plásticos y corporales. En el Testamento Viejo, el Señor adoctrinaba a los hombres con nubes, truenos, relámpagos y visitas de ángeles. Todas las fuerzas naturales y sobrenaturales eran movilizadas por El para despertar a sus hijos adormilados. En el Testamento Nuevo, el Señor se mete por los ojos de los hombres con la estridencia de los milagros y la suavidad de las palabras. Como Jesús entre pañales de paja, su Verdad vino al Mundo, entre prodigios de cielo y cuentos de aldea....

Luego, para seguir adoctrinando la humanidad con parecido estilo, al través de la Historia, el Señor se vale de los

Santos. En los Santos está toda su doctrina encarnada en fragmentos parciales. Como el maestro presenta al párvulo sus taruguillos de madera para que *vea* materialmente lo que es el cono y la esfera, el Señor, siguiendo su eterno estilo de pedagogía, les muestra a los hombres, de siglo en siglo las figuras de los Santos para que materialmente *vean* lo que es la Humildad, lo que es la Fé, lo que es la Prudencia. Al través de los santos, Dios se sigue haciendo, parcialmente, hombre, para prolongar en la Historia del milagro de la Redención....

Cuando D. Quijote se retira a Sierra Morena para consumar una hazaña que le gane «perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra», D. Quijote se decide a imitar a Amadis de Gaula. Y lo hace—dice el comentarista—porque «sabía bien que a la perfección se llega imitando a hombres y no tratando de poner en prácticas teorías». Por eso el Señor no solo propone a los hombres una serie de doctrinas y verdades, sino una hilera de hombres perfectos y eminentes: «los Santos».

Por eso, tradicionalmente, en la práctica de la vida devota, la lectura del Evangelio ha sido siempre complementada con la lectura de las *Vidas de Santos.* Como apéndice a la pura enseñanza de la verdad, la contemplación de los hombres en que dicha verdad se realiza y vive. Porque una verdad es una cosa fría, mientras no encuentra un sentimiento que la caldee y una voluntad que la ejecute. Una verdad es la expresión de una parte—la parte intelectual—del espíritu humano. Una *vida* es la realización del espíritu humano en todas sus diversas dimensiones intelectuales, sentimentales y éticas....

Por eso, para que la fría enseñanza de la mente, sea completada con el arrebato de la voluntad, Dios ha puesto al margen de los siglos, un reguero de *vidas* selectas y ejemplares que contienen en sí la solución de cada instante y acentuan aquella parte del *credo* cristiano que, en cada instante, se acomoda más de las necesidades del momento. Cuando la disciplina eclesiástica se relaja, nace un San Benito; cuando la sociedad se endurece, un San Fran-

cisco; cuando el Protestantismo se inicia, un San Ignacio; cuando la lucha social se agrava, un San Vicente de Paul. Cuando la balanza de la Humanidad se desequilibra, Dios arroja en uno de sus platillos un Santo que, en definitiva, pesa tanto como las necesidades y los problemas de aquel instante de la Vida.

Por eso cuando había que instaurar y cimentar ese enorme edificio de dos fachadas—divina y humana—que es la Iglesia, Cristo, escogió a Simón Pedro, que era el discípulo de las grandes debilidades humanas y de los grandes arranques divinos.

2

Porque—por esa misión que la Santidad cumple, de ser encarnación, a fragmentos parciales, de toda la rica y múltiple variedad del *credo* cristiano—, hay en ese espectro de la Santidad, franjas de todos los colores y gotas de todo sabor en ese océano ilimitado. La Santidad es un jardín inmenso donde todo florece: desde el nardo y la rosa del puro amor y el puro misticismo, hasta la medicinal y doméstica manzanilla, de la virtud casera y el cocimiento tibio. Toda la literatura universal, con su orgiástica variedad de héroes, caballeros, princesas, bobos y graciosos, no pudo sobrepujar a la variedad polícroma del *Flos Sanctorum* que vá desde la transverberación de Santa Teresa hasta las bobadas juglarescas de San Diego de Alcalá.

Y una de las catalogaciones que pudiéramos hacer en esta desconcertante variedad de «los Santos» es aquella que separaría a los Santos familiares y domésticos,

que parece que están en los altares para sonreirnos y darnos confianza, y los Santos luminosos y sublimes que parece que están allí, para anonadarnos y llenarnos de pavor. En Dios todo se abraza en la unidad; pero en los Santos el foco divino se refleja en diversas haces de luz, y así unos muestran más su misericordia y otros más su justicia y otros más su majestad. Hay santos a los que no parece posible pedirles más que el martirio o el don de rapto, pero hay santos a los que se atreve uno a pedirles que llueva o incluso que apruebe el hijo en el Instituto, el «Latín primero».

Esto el pueblo lo percibe perfectamente. No se le ocurre pedirle un novio a Santa Gertrudis, ni la lluvia a San Juan de la Cruz. Hay santos con los que el pueblo «se atreve» y santos con los que «no se atreve». Hay santos que han entrado de lleno en el romance y en la copla, como hay santos que nunca han descendido del salmo litúrgico en latín.

Pues bien, San Pedro es santo doméstico, familiar, bondadoso y folklórico. El

pueblo, le ha dado una dulce catalogación de abuelo. Es uno de esos santos que el pueblo *vé* plásticamente. Tiene decididas sus características físicas. Y se las dice en coplas:

San Pedro, como era calvo,
le picaban los mosquitos....

¿Se atrevería el pueblo a decidir si San Pablo era calvo y a bromear con él sobre los mosquitos que le picasen?

Pero tenía que ser así. Como San Ignacio tenía que ser capitán intrépido y como Santo Tomás tenía que ser el ensimismado «buey mudo», la *piedra* sobre la que había de cimentarse este edificio humano y divino de la Iglesia que había de transmitir la doctrina perfecta, al través de imperfectas realizaciones, tenía que ser un santo doméstico y asequible. Para contestación de muchos argumentos, para previsión de muchos escándalos, tenía que cimentarse la Iglesia, sobre un humanísimo montón de generosidades y caidas, de debilidades y perfecciones. Cuando nos ronde la tentación racionalista—

tan filtrada estos días aún en los mismos fieles—de hacer objeción contra la Iglesia, saliendo de lo particular a lo general y de lo humano a lo divino, por tales imperfecciones de aquel sacerdote o tal desacierto de tal obispo, no estará de más que nos acordemos que su vida triunfal de veinte siglos se sostiene sobre las manos rudas y temblorosas del apóstol débil de las negaciones, del santo folklórico de la calva y de los mosquitos.

3

Y parece enteramente que a servir este propósito providencial, a hacernos accesible y fácil la figura del primer Papa, se dirige todo el relato evangélico en cuanto roza y toca con él. Los episodios petrísticos del Evangelio, son, casi todos, de los que han entrado en la categoría de *populares*. Hay una Biblia oral y tradicional, que se transmite, al lado de la auténtica y escrita, por los fogarines aldeanos y las pláticas de las abuelas. Esta es la Biblia de la Verónica, de Malco, del gallo del corralillo de Caifás, del aguamanil y la toalla de Pilatos. Y a esta Biblia, en la que de San Juan apenas se sabe más sino que tenía «el dedo tieso», se han incorporado casi todos los episodios del auténtico Evangelio donde Simón Pedro bulle y retoza.

Y es que por su acentuada y amable humanidad, lo estaban pidiendo ellos mismos.

Sale a escena Simón, en el luminoso drama del Evangelio «lavando redes» (San Lucas V-2): así como un personaje sencillo, secundario, casi del coro. Pero el Señor que viene apretujado por las turbas que le seguían, lo distingue enseguida. Lo distingue hasta tal punto que, para librarse de la turba y hablar con Simón a sus anchas, salta a la barca. Ya en ese salto del Señor a la barca de Simón, está en esbozo todo: la elección, la exaltación y distinción de Pedro; la fundación de la Iglesia, sobre el cimiento duro y frágil por Él escogido. Seguramente en aquella turba que le seguía, había personajes y personajillos de todas las clases sociales: doctores, escribas, fariseos, soldados, publicanos. Pero el Señor se separa de la masa turbia y con el salto a la barca—como más adelante con la ascención al Tabor—distingue y separa al que estaba «lavando redes».

Y seguidamente la vocación y llamamiento de Simón no se verifica con aparatos de voces y relámpagos como la de San Pablo o con gradaciones intelectuales como la de Agustín, el lector del *Symposio*

y del *Hortensio.* Jesús no tira de él con hilo de oro, sino con basta soguilla bien visible. Le hace echar las redes en el lago, que durante toda la noche se había mostrado cruel con los pescadores, y las redes se llenan de peces. Entonces Simón se arroja a los pies de Jesús: «Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador». Está, dosificado y equilibrado, todo: un acto de fé inicial, en el arrojar las redes por orden de Jesús, en el lago infecundo; un arranque ya de genuino estilo petrístico en la humilde confesión final; pero, en el medio, un prodigio carnal, utilitario, vistoso: una *pesca milagrosa*—inicio de otras varias—con la que el Señor tira dura y asperamente del corazón del aquel *hombre* que había de necesitar a cada instante violentos argumentos plásticos para apuntalamiento y sostén de sus vacilaciones.

Ya empieza Pedro, el de los generosos arranques, a amar. Pero, a amar humanísimamente, a la vista de unas redes que se rompen de puro cargadas de pescados. No florece en su corazón de Santo de bulto, de personaje folklórico, una sutil rosa de

amor espiritualizado y quebradizo. Cree, vé y ama....

No nos damos cuenta bien de que ciertas sutilezas y delgadeces del concepto de amor, son cosa reciente y enfermiza que no data más allá de los trovadores provenzales y Petrarca, en lo humano, y en lo divino, de los iluminados y los jansenistas. El concepto clásico de *amor* fué siempre humano y equilibrado. Los más enamorados pastores de Teócrito o de Virgilio, para convencer a sus pastoras, les hablan, a la par, sencillamente, de sus prendas físicas y de sus riquezas materiales:

> ...una cabra más blanca que la nieve
> madre de dos hermosos cabritillos
> yo para tí he guardado...

Así, con estilo de idilio clásico, San Pedro se entrega ante la plata temblorosa de la red rebosante. El futuro Papa se coloca ya en el centro. Su amor tiene algo de contrición y algo de atrición. El futuro Papa, condena anticipadamente todo materialismo hedonista, pero también anticipadamente, lanza su anatema contra todo iluminismo y todo jansenismo.

4

Y enseguida, al fondo del relato evangélico, como una decisiva pincelada *folklórica,* cruza la rápida visión de la suegra de San Pedro. Estaba en cama con una calentura y el Señor la sanó. Hacía falta este rasgo para acercar bien al pueblo, la figura doméstica del sillar de la Iglesia. Hacía falta que San Pedro tuviera suegra, para que se atreviese definitivamente con él el pueblo, que siempre hizo de *las suegras* tema predilecto de su *folklor.* Hay pocos Santos con suegra. Pero este era preciso que la tuviera, para que cupiera mejor en la copla, en el romance y en el corazón.

5

Entrado así en escena Simón, tan humana y popularmente, ya todo el Evangelio es, para él, un recuento paralelo de sus debilidades y sus arranques; de sus caidas y de sus alzamientos. Al través del Evangelio se vá así construyendo a paletadas alternativas de cal y de arena el cimiento de la Iglesia.

Digamos ahora los dísticos de San Pedro. El poema de sol y de sombra de su vida vacilante, donde todo tiene su contrapeso y su equilibrio. Digamos de sus pecados, corregidos por sus virtudes heróicas; digamos de sus virtudes humanizadas por sus pecados fragilísimos. A San Pedro lo pondría yo, en mi capilla doméstica, sobre un altar de jaspe rosa y de ladrillo cocido.

6

Digamos primero el dístico de su fé: donde riman la duda vergonzante y la confesión valiente.

«Entre tanto—dice San Mateo (XV-24)—la barca estaba en medio del mar batida reciamente de las olas... Cuando ya era la cuarta vela de la noche vino Jesús hacia ellos caminando sobre el mar. Y viéndole los discípulos caminar sobre el mar se conturbaron y dijeron: Es un fantasma». En realidad, yá, con eso solo, estaba consumada la duda, la agresión de la fé. Tengamos en cuenta que iban en la barca los que le habían visto curar a los ciegos y sanar a los endemoniados. Tengamos en cuenta que pocas horas antes, a orilla de aquel mismo lago por el que bogaban, Jesús había realizado el prodigio de la primera multiplicación de los panes, tras el cual había dicho a sus discípulos que se embarcasen y fuesen a *esperarle*—

fijaos bien: a esperarle—al otro lado del lago, mientras El despedía a la muchedumbre (S. Mateo XV-23)... ¡Y después de ésto, cuando ven avanzar una sombra sobre los mares, creen que es un fantasma! ¿No era mucho más fácil que fuera el que, poco antes, había multiplicado los panes? Pero ya está aquí la incredulidad. La incredulidad no consiste en no creer: sino en creer lo difícil antes que lo fácil. Que esto es lo que sigue haciendo la humanidad; no creer en Jesús, que se acerca sobre las aguas, y creer en los fantasmas. Improvisarse frente al credo robusto e intelectual de Nicea, otros turbios credos de supersticiones menudas, promulgados, acaso por un fakir sucio en los arrables de Bombay. Los apóstoles gritando que venía un fantasma, ante Jesús que llegaba sobre las olas, fueron los antecesores de toda esta pobre humanidad que ha acabado quitándose el escapulario... para sustituirlo por un pelo de elefante o un buda de marfil.

Pero Simón Pedro acentuó la incredulidad con la pedantería. Cuando Jesús les dá voces diciéndoles que es El, Simón le

pide una comprobación crítica. «Si eres tú mándame ir hacia tí sobre las aguas», Simón no actua ya aquí, como los otros en basto pescador de Galilea, carnal o incrédulo, sino en cominero profesor de Tubinga. Y Jesús le manda venir sobre las aguas. Y Simón vá sobre las aguas. Pero al ir llegando el viento arrecia, San Pedro duda y se asusta. Y en cuanto duda, empieza a hundirse... Está ahí toda la complicada psicología de la duda. En ese admirable fragmento evangélico están en ciernes todas las múltiples maneras de dudas que la humanidad ha inventado. La incredulidad primero, el racionalismo luego, luego la tibieza; todo el lujo de la Duda.

Y, acaso, entre todas estas formas, la más humana, e impresionante, esa forma central, cuando Simón va yá sobre el agua, y duda y tiembla porque se levanta un poco más de viento. Vá viendo el milagro, y cree todavía que un poco de viento puede disiparlo todo. Iba sobre el agua, y todavía su fé no era más que pavesilla a merced de un soplo. Aceptaba un milagro moderado y de discretas proporciones. Andar sobre el

agua, bueno... pero sin hipérboles de grandes vientos y oleajes. En aquel momento creyó Pedro, apenas, en el Cristo cómodo y facilitón, en que ahora creen tantos y tantos: un Cristo... sin exageraciones.

7

Pero frente a este episodio de la duda, de tan rica complicación psicológica, el gran episodio de la fé: vehemente y grande como su paralelo, siguiendo la ley de la compensación y el clarosáico de la psicología petrística.

El episodio ocurre al día siguiente del anterior, como para que el contraste sea más duro. Los versos del dístico habían de estar seguidos para que se concertase bien la rima.

Jesús con los prodigiosos milagros de la víspera y de la noche, parece haber preparado suficientemente la base y el cimiento para toda fé. Aunque ahora anuncie que la noche es día, parece que ha dado ya bastantes testimonios de credibilidad para que se le atienda... Y entonces Jesús, con palabras de leche y de miel, en un suavísimo discurso, se aventura a hacer el anuncio y promesa de la Eucaristía: «En

verdad, en verdad os digo, que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendreis vida en vosotros»... Ante tales palabras el fracaso es rotundo: las turbas se escandalizan, los apóstoles vacilan y «desde entonces muchos de sus discípulos dejaron de seguirle». Le habían visto andar sobre las aguas, le habían visto multiplicar los panes; pero no podian creer en la locura de su amor, que era la Eucaristía. En cierto modo los discípulos que se escandalizaban y huían, fueron los primeros turiferarios de la Santa Forma. De un modo indirecto, proclamaban la infinitud de su grandeza. Les parecía más hacedero andar sobre las aguas y multiplicar los panes, que venir Cristo a dársenos por alimento. Se escandalizaban de ésto, dudaban, huían... El primer homenaje Eucarístico, fué un homenaje de espanto.

Pero en medio de ese hervidero de dudas, de esa general deserción, surge, como una llamarada de luz, el arranque de Pedro. El, distinguiéndose de todos, actua a la inversa de todos. El que dudó sobre el

agua, cree sobre la palabra de Jesús. Su confesión es grande, sobria, explícita: «Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios»... Ahora, ahora que has escandalizado a todos, «eres el Hijo de Dios». Y es que ahora el Señor había dado de Sí, en efecto, un testimonio mucho más grande y arrebatador que no el de sus más estupendos milagros. Había anunciado la síntesis de las cosas en su Amor: la Eucaristía. Y Pedro que, sobre el agua no dió crédito a sus pies, sobre la palabra de Jesús, dió crédito a su corazón.

8

Dijimos el dístico de su fé, digamos ahora, seguidamente, el de su inteligencia: digamos de sus recaidas en el error y de sus relámpagos de lucidez.

En una ocasión los fariseos echan a Jesús en cara que sus discípulos son poco ritualistas, poco respetuosos con la tradición. Entonces Jesús les declara la diferencia entre la Vieja Ley, la ley de los ritos, y la Nueva Ley, la ley del amor. Y aclara su concepto con palabras de sentido figurado: «No lo que entra por la boca, es lo que mancha, al hombre; sino lo que sale por la boca, eso es lo que mancha» (San Mateo XV-11). Al oir esto los fariseos se escandalizaron. Y Pedro... Pedro no entendió: Aquí Pedro tomando la palabra le dijo: «Explícanos esa parábola» Y Jesús le reprendió: «¡Cómo! ¿también vosotros estáis aún con tan poco conocimiento?»

Como en el lago de Genezareth apare-

ce el Pedro de la fé vacilante, aquí aparece el Pedro del entendimiento rudo y carnal, apegado a los crudos signos materiales de la Ley. No comprende cómo puede ser eso de que no mancha lo que entra por la boca. Pedro se comporta como un buen judío tradicionalista acostumbrado a las comineras distinciones de los animales puros e impuros y a los ritos de los lavatorios de manos. Este es el Pedro, que todavía, resucitado yá Jesús, andará preguntándole si ha llegado el momento de establecer su reino, apegado aún a la idea de Mesias material y civil de los judíos; el Pedro que, ya cabeza de la Iglesia, le costará trabajo todavía dejarse vencer en Antioquía, por la dialéctica luminosa de Pablo, en la cuestión de los incircuncisos.

Por eso es tan amarga la queja de Jesús: «¿Aún andais con tan poco conocimiento?». Porque Pedro le hacía su pregunta llena de cerrazón incomprensiva cuando ya el Señor había tenido con los fariseos su famosa disputa sobre el *Sábado,* que había resumido luminosamente en aquellas palabras: «Más quiero la miseri-

cordia que no el sacrificio»; cuando ya había llamado «raza de víboras» a los fariseos apegados a la Ley; cuando ya había maldecido por su carnal sordera a Cafarnaum, Corozain y Betsaida. Todo esto vá comprendido en ese amargo *aún* de Nuestro Señor. Porque después de todo eso, Simón Pedro *aún* seguía cifrando la pureza en lo que entraba por la boca; *aún* esperaba más de los sacrificios que de la misericordia; *aún* se sentía solidario de aquella raza que había de llevar su vacío ritualismo, hasta aquel trágico epigrama del pretorio, cuando salpicados ya con la Sangre del Justo se resistían a entrar en el atrio romano *ut non contaminaretur:* ¡para no contaminarse!

Todavía hoy no ha muerto en muchos corazones el apego de la Ley material ni se ha esclarecido en muchas mentes la cerrazón de Pedro, aquella tarde. Y todavía ante tanta fórmula vaciada de espíritu y tanto signo hipócrita, Jesús sigue susurrando, suave y amarga, la palabra de su reproche: *¡Aún!*

9

Pero, siguiendo el paralelismo propuesto, al lado de esta caida en la cerrazón del entendimiento, el relámpago súbito de magnífica lucidez.

Ocho días antes de la Transfiguración, Jesús al borde del lago, pregunta a sus discípulos: «Y vosotros ¿quien pensais que soy yo?» Y Simón Pedro, tomando la palabra por los doce, contesta rotundamente, sin vacilar: «Tú eres el Cristo o ungido de Dios» (S. Lucas IX-20).

Es la primera confesión explícita de la divinidad de Jesús que se hace en el Evangelio. Pedro que tiene a su cargo tantas caidas humillantes, tiene a su cargo tan alto honor. Su confesión es clara: impetuosa como el espadazo a Malco, enérgica como el *Non possumus* del atrio del templo. Tiene su sello y su firma... Y está hecha ocho días antes de la transfiguración.

10

Podría prolongarse así el paralelismo de las caidas y de los arranques de Pedro. Queda todavia cuando ya Jesús se encamina a Jerusalen, su repulsa ante el anuncio de la muerte y pasión de Este, cuya grandeza y sentido no alcanzaba, y que produce en el Señor una de las más violentas reprensiones del Evangelio: «Quítateme de delante, Satanás, que me escandalizas: porque no tienes conocimiento ni gusto de las cosas que son de Dios, sino de la de los hombres».

Y poco después, Pedro confirma todavía, una vez más, su apego carnal a las cosas de los hombres, cuando insinúa a Jesús aquella pregunta ruín: «Señor ¿y cuantas veces deberé perdonar a mi hermano cuando pecare contra mí? ¿hasta siete veces?» Van ya llegando a Jerusalén, van entrando en el desenlace del drama de Cristo; dejan a la espalda una larga senda

florida de enseñanzas y milagros, y Pedro sigue tasando el bien y la virtud en balanza de boticario. El perdón, la más difícil de las actitudes cristianas, entra en su corazón a dosis prudentes. Pedro sigue siendo creyente de un Cristo moderado, cuyos milagros tengan proporciones discretas—andar sobre el agua... pero sin viento—y cuyos mandamientos tengan límites benévolos: perdonar... pero solo hasta siete veces.

Y frente a estas caidas en la miseria humana, siempre los arranques: el arranque místico de la Transfiguración, el humilde del lavatorio, el gallardo de la oreja de Malco: la luz y la sombra proyectándose sobre su figura hasta el final del Evangelio.

Pero en ningún episodio aparece tan crudo, tan inmediato, el contraste como en el episodio de las tres negaciones. Es uno de los trozos más humanos del Evangelio, y acaso el que más definitivamente ha acercado al primer Papa a la comprensión popular. En el *crescendo* de sus tres negaciones, psicológicamente graduadas, hasta estallar en juramentos, están reunidas enci-

clopédicamente todas las miserias humanas: ruindad, miedo, ingratitud y egoismo. Como luego en sus llantos amarguísimos a la puerta de casa de Caifás, están juntas todas las noblezas: arrepentimiento, humildad y amor. Ese episodio dejó diseñado fuertemente, como hacía falta, la figura de Pedro, para que la Iglesia tuviera cimiento de cal y arena: Por eso el pueblo se apoderó tan facilmente de él. No le faltaba nada para ello: ni siquiera la intervención *folklórica* del gallo, que es el ave del pueblo, así como las calandrias y los ruiseñores lo son de los poetas cultos. Ni siquiera, luego, su prolongación legendaria en los dos canalillos que, a fuerza de llorar todos los días su negación, se dice que surcaban el rostro arrugado del Apóstol ya viejo.

11

Convenía así que las llaves de la Iglesia fueran entregadas a aquellas manos paradógicas de Simón: carnales y santas, temblorosas y firmes.

Jesús, al través del Evangelio, había dejado caer, como al desgaire, varias señales de su futura designación pontifical. Le había llamado con el nombre de *piedra,* no bien se decidió a seguirle. Le había profetizado, más tarde, que sobre esa piedra asentaría su Iglesia. Le había incluido siempre en la gloriosa minoría de los tres selectos, Pedro, Juan, Santiago, únicos que entraron con él en casa de Jairo, únicos que subieron al Tabor y le siguieron a Getsemaní.

Hasta que, llegada la hora, Cristo hace la designación solemne del primer Papa, a orillas del mar de Tiberiades. Todavía, en el momento solemne, parece que quieren recargarse, por última vez, las tintas del

claroscuro de Pedro: Cristo repite el prodigio de la pesca milagrosa, como si quisiera recordarle, con esta silenciosa alusión, el día, ya lejano, de su llamamiento. Y todavía, ante las redes prodigiosamente llenas de pescados, no es Pedro, es Juan el que dice: «Es el Señor»...

Pero esta vez Pedro, no espera yá que el Señor se lo ordene. No bien oyó a Juan: «vistióse su túnica, pues estaba desnudo, y se echó al mar». Tardo, pero seguro... Y ya en tierra tres vehementes confesiones de amor—definitiva compensación de las tres negaciones—y el triple encargo de Jesús: «Apacienta a mis ovejas».

Insistamos por última vez. La Iglesia queda así perfilada con la armoniosa arquitectura que era conveniente. Tres negaciones, tres afirmaciones y sobre ellas, tres confirmaciones de Cristo. No tiene la Iglesia un cimiento aereo de perfecciones imposibles: sino un equilibrado cimiento humano de pecado y de perdón... «El Papa —se ha dicho—es el soberano del mundo que sonríe más humanamente, más com-

prensivamente». Y es porque las llaves de la Iglesia no se dieron a la perfección sino al arrepentimiento.

12

Y enseguida el Cenáculo, Pentecostés, las lenguas de fuego. Y aquí, como un rayón enérgico, que abre el nuevo capítulo de la vida de Pedro. Termina el Pedro del Evangelio, que es el de las vacilaciones y debilidades, y empieza el Pedro de los *Hechos Apostólicos* que es el de la sabiduría y la prudencia. Convenía así para que se viera que era la Gracia y no él el que obraba. Convenía para que se viera que se habían inaugurado los tiempos nuevos y que las grandes cosas se harían ya con lo que llama Maritain «los medios débiles»: ligeros de materia, faltos de peso. Jesús mismo inaugura el nuevo estilo encajando el drama todo de la Redención entre un pesebre y un patíbulo. Y desde entonces, ese estilo queda convertido en ley. Todo lo que es providencial, lleva este sello de la desproporción entre la causa y el efecto, que dice que Dios necesita poco para

obtener mucho. Unos pescadores y unas catacumbas subterráneas, le bastan para extender la Iglesia; un capitán vizcaino, para reafirmarla en el trance más difícil; tres barquichuelas, para alumbrar un Mundo. Y Simón Pedro, para sostener la Iglesia.

El Evangelio ha insistido tanto en sus debilidades, para que ahora en sus prodigios de los *Hechos*, admiremos más la obra de la Gracia.

Pedro, el vacilante, aparece en las páginas de los *Hechos*, convertido en un vendaval de actividad, de prudencia y de sabiduría: «Como jefe—dice el Crisóstomo—iba recorriendo las filas, inspeccionando qué parte se hallaba bien organizada, cuál otra más apuesta y bizarra, cuál necesitaba más de su presencia... Donde quiera que surgía un peligro en las cuestiones de administración y disciplina, allí estaba él; en cambio, cuando los negocios bogaban tranquilos, iban todos en común».

Y toda esta actividad puesta al servicio de la más pontifical de las virtudes: la prudente sabiduría. Todas las grandes doctri-

nas, todos los grandes anatemas futuros se esbozan ya en los labios del primer Papa.

La doctrina de la libertad de la Iglesia, está toda ya en el *Non possumus* de Pedro, que señala a la esfera espiritual un límite de imposibilidad de transacción y de cesión. La Iglesia no invade ningún poder limítrofe; pero aguarda a todos los poderes invasores, en el dintel mismo de esa esfera espiritual cuyas lindes *no puede* franquear. Allí están en esbozo, todas las futuras y serenas virilidades de la Iglesia, desde San Ambrosio ante un Emperador, hasta Pío IX ante Víctor Manuel.

Y luego, su posición doctrinal, central, equilibrada, arranque de la línea recta, inflexible de veinte siglos. Como la Iglesia tenía paz en Samaria y Judea, Pedro corre a Lida y a Jafa. Y allí en Jafa se encuentra con que había muerto una mujer buena y limosnera que se llamaba Tabita o Dorcas. «Y se le presentaron todas las viudas llorando y enseñando los vestidos y mantos que les hacía Dorcas, cuando estaban con ella»... Y entonces Pedro resucita a la muerta porque «estaba llena de buenas

obras y limosnas que hacía». He aquí, de antemano, la glorificación de la fé con obras. Lutero quedó condenado sobre los mantos y los vestidos de la mujer limosnera.

Pero no basta solo la obra, el hecho, el rito, la ley. Aquel mismo día de la resurrección de Dorcas, Pedro pernocta en casa de Simón «el Zurrador» ¿Lo oís bien?: el zurrador. He aquí un oficio que la Ley declaraba impuro. Y Pedro acepta la hospitalidad de un zurrador, para declarar así prescrita la cominería ritualista por el soplo del Espíritu. He aquí, en unas horas, condenadas la fé sin obras y las obras sin fé: toda la futura trayectoría del error.

Y todavía un paso más. Pedro vá a Cesárea y allí admite en la comunidad cristiana a un centurión gentil: Cornelio. Esta es la suprema victoria sobre el viejo Pedro carnal, sobre el rudo judío ritualista. El Señor tiene que ayudarle todavía con un sueño nocturno en el que se le presentan a Pedro toda clases de animales impuros, cuadrúpedos, reptiles de la tierra y volátiles del cielo de los que se le invita a comer.

Y Pedro, el que no entendió la palabra de Jesús cuando le decía que no manchaba lo que venía de fuera, comprende al fin: y el centurión Cornelio es admitido en la cristiandad.

Y todavía más: la admisión de Cornelio, levanta polvareda de escándalo entre los judíos creyentes. Le decían a Pedro: «entraste en casa de hombres no circuncidados y comiste con ellos». Pedro se vé obligado a dar cuenta de su proceder y su nueva doctrina. Pero el vacilante de ayer, se defiende ya sin vacilaciones. Y sus compañeros ceden al fin: «Luego también a los gentiles ha dado Dios la penitencia para vida»... He aquí lo que más tardaron los judíos en comprender: la anchura total de los brazos de la Cruz. Pero ¿acaso la humanidad—esta humanidad de los partidos y los nacionalismos agresivos—lo ha llegado a entender del todo?

13

En el último instante de su vida, la cruz del martirio de Pedro, que la leyenda quiere invertida, por su voluntad, proyecta la figura de una ballesta que apuntara al cielo. Es el último arranque del Apóstol que no se considera digno de morir en la misma postura que el Maestro. Vivió años de debilidad, en que el arco de la ballesta estuvo tembloroso y tenso. Pero, al fin, se disparó hacia Cristo con una plenitud de arrepentimiento y de amor.

La maciza y equilibrada humanidad del Apóstol en todo el relato bíblico, que hemos procurado seguir en estas páginas, ha sido perfectamente captada por el pueblo, al verle en la portería celestial, calvo, arrugado, bondadoso, siempre mas propicio, con sus grandes llaves bodegueras, a abrir que a cerrar el portón.

ÍNDICE

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE ENSAYO, PRIMERO DE LA
COLECCIÓN «AL MARGEN DEL CALENDARIO», EL DÍA
XXIII DE SEPTIEMRRE VÍSPERA DE NUESTRA SEÑORA
DE LAS MERCEDES, DEL AÑO MCMXXXIII, DÉCIMO-
NONO CENTENARIO DE NUESTRA REDENCIÓN.
LOS BENEFICIOS QUE SE OBTENGAN DE
SU VENTA SE DESTINAN ÍNTEGRAMEN-
TE A LA PROPAGANDA CATÓLICA.



	1554214
BS 2515 .P4	Peman
	~~San Pedro~~
APR 28 1947	Bindery JUL 1[illegible] 1947 Cat
	2- [illegible]

BS2515
.P4

1554214

